



ROSAURA LA DE TRUJILLO.

**Curioso romance, en que se refiere un lastimoso caso que
sucedió á una doncella llamada Rosaura,
en la ciudad de Trujillo.**

Sobre una alfombra de flores,
cercada de hermosas plantas,
á donde las avejillas
tienden sus pintadas alas,
y con su música alegre
al Rey del cielo dan gracias,
en aqueste prado ameno,
en este mar de abundancia,
en este pecho, que cubre
dos mil añjidas causas,

como la que os contaré
si el cielo santo me ampara,
porque se sepa su nombre
será preciso nombrarla.
En la gran Sierra-Morena,
de tantos delitos capa,
amparo de aquel que ofende,
defensa del que mal anda,
me puse sentado un día,
cansado de andar á caza,

arrimado á un duro tronco,
 discurriendo en cosas varias,
 quejose de la fortuna,
 que con rigor me maltrata.
 Oí una voz temerosa
 que sonaba en la montaña,
 á orillas de un arroyuelo
 que con las breñas se enlaza.
 Estuve atento por ver,
 si era de persona humana,
 y comprendí que decía
 estas siguientes palabras:
 «Tirano amor, pues tú has sido
 la causa de mi desgracia,
 dispara tus duras flechas
 contra el que así me maltrata.
 Amante falso y traidor,
 ¿cómo me dejas sin causa,
 en tan terrible miseria,
 y de la muerte cercana?
 Sacra Virgen del Rosario,
 mi princesa y abogada,
 alcanzadme que confiese,
 porque no peligre mi alma.»
 Puse al rostro mi escopeta
 bien prevenida de balas,
 por el eco de la voz
 llegué á parar donde estaba:
 ví una temprana belleza
 á un duro tronco amarrada:
 desmelenado el cabello,
 y de ropas despojada.
 Cuando ví tal hermosura
 no pude hablarla palabra:
 viéndome ella tan suspenso,
 de aquesta suerte me habla:
 llega, mancebo, y no temas,
 que soy persona humana,
 y mis pecados me tienen,
 en el sitio en que me hallas:
 desátame y te diré
 mi pena, fatiga y ansia,
 y tambien los alevosos
 que son de mí mal la causa.
 Compadecido en extremo,
 un fuerte cuchillo saco
 corto los gruesos cordeles
 que á aquel ángel sugetaban.
 Me quité al punto el gaban,
 y encima se lo arrojaba,
 cubriendo sus blancas carnes,
 que con el sol se comparan.

Mirando á un lado y á otro,
 vide estar entre unas matas
 la ropa, que siempre fué
 de aquel desengaño causa.
 Ella suspira y solloza
 pidiendo al cielo venganza,
 y mirándola la dije:
 por Dios, hermosa Diana,
 por la Virgen del Rosario
 que me digas lo que pasa.
 Agradecida responde
 estas siguientes palabras:
 «Has de saber noble jóven,
 que en Trujillo fui criada:
 hija soy de un caballero,
 y que don Diego se llama
 de Castro por apellido,
 que es de lo mejor de España,
 mi madre es doña Isabel
 de Mendoza intitulada,
 y por gusto de padrinos
 á mí me llaman Rosaura
 tan amada en mis principios
 como ahora desgraciada.
 Vivía pared en medio
 mas abajo de mi casa
 un hijo de un labrador,
 de hacienda algo moderada,
 mozo, galán y valiente,
 discreto y de linda traza,
 que se llevó mi afición
 y me amó con vigilancia:
 mas como las cualidades
 unas con otras no igualan,
 tuve lugar una noche
 para escribir una carta,
 dándole á entender por ella
 que me saque de mi casa,
 y que sea con secreto,
 y con cautelosa maña:
 mas el alevoso amante,
 á un primo suyo le daba
 cuenta, que traidor é infame
 fué causa de esta desgracia.
 A los catorce de Agosto
 me sacaron de mi casa,
 bien prevenida de joyas,
 y de muy costosas galas,
 como al presente las aves,
 que ellas mismas lo señalan.
 Cinco días caminamos
 cabales con sus jornadas,

hasta llegar á este sitio
 encubridor de mi infamia;
 aquí los dos desmontaron
 con intencion muy dañada,
 para marchitar la rosa
 que de algunos fué envidiada,
 me violentaron... ¡qué horror!
 ¡Jesus que suma desgracia!
 sin temer la justa ira
 del señor que nos miraba.
 Luego el aleroso primo
 dijo que me desnudara;
 así que en carnes me vieron,
 entrambas manos me atan;
 y él sacando una pistola,
 el fuerte muelle levanta
 para quitarme la vida;
 mas mi amante lo estorbaba,
 diciendo: no quiera el cielo,
 que pues yo he sido la causa
 de que esta doncella pierda
 su honor, se haga tal infamia,
 aquí la pienso dejar,
 entre estas espesas matas,
 acompañadas de fieras,
 que por estas breñas pasan,
 que ellas le darán la muerte
 mal merecida y sin causa.
 Se fueron y me dejaron
 como la flor en la escarcha:
 tres dias ha que no como
 cosa que me dé sustancia,
 sino unas amargas yervas
 que con la boca alcanzaba.
 Esta es mi historia y te pido
 te duelas de mi desgracia
 que me acompañes y lleses
 á la ciudad mas cercana,
 porque desde allí pretendo
 se castigue aquesta infamia.
 Por la mano la tomé,
 y á una quinta la llevaba
 donde la dí de comer
 de lo que allí se encontraba,
 y en seguida la ofrecí
 con mano leal y franca,
 mi ayuda y un buen caballo,
 que mas que el viento volaba,
 y el valor de mi persona
 para ir en su compañía.
 Dispusimos el viaje,
 á Córdoba caminamos,

y á la puerta del Rosario
 (donde pretendí dejarla)
 le heché los brazos al cuello
 y de esta suerte le hablaba,
 adios y le ruego al Cielo
 que sea tu dicha tanta,
 que logres tu buen deseo,
 y despues la gloria santa.
 Ella respondió: mancebo
 noble, la Virgen te valga
 y tu accion heróica premie
 el alto Rey de la gracia.
 Sentóse en el duro suelo
 aquella rosa temprana,
 aguardando por minutos
 la aurora de la mañana,
 para arrojarle animosa
 al intento que llevaba.
 Fué á casa de don Francisco
 de los Rios, noble rama,
 y á un criado pregunta
 si está su señor en casa;
 y al punto le respondió:
 su merced está en cama.
 Sin aguardar mas razones
 allá dentro se arrojaba,
 y arrimada al blanco lecho,
 de aquesta suerte le habla;
 ¡Conocerás, señor mio,
 á la que tú diste el agua
 del Bautismo allá en Trujillo,
 y la pusiste Rosaura?
 Has de saber, que soy yo,
 la que nunca se criara:
 pues fuí la mujer mas frágil
 que se ha visto en toda España.
 Por fiarme del amor,
 perdido mi honor se halla;
 mira bien mi tierna edad,
 que de quince años no pasa,
 no mireis el mal sarmiento,
 sino el árbol donde baja,
 que si bien lo consideras
 cierta será la venganza.
 Dos traidores me han robado,
 sacándome de mi casa,
 y me han quitado el honor
 en Sierra-Morena brava.
 Oyendo esto don Francisco,
 de la cama se levanta
 y al punto llama á un criado,
 que un caballo le encillara:

y antes de partir dispuso al
 el dejarla con su hermana
 recogida en un convento
 que de santa Isabel llaman.
 y Camina luego á Trujillo,
 y un criado le acompaña,
 que quiere entrar de secreto
 porque no se sepa nada.
 Fuese á casa de D. Diego,
 y alegre le saludaba;
 y luego le preguntó
 por su querida Rosaura.
 Le respondió pensativo
 don Diego aquestas palabras:
 habrá unos ocho dias
 que se salió de mi casa,
 sin poder hallar persona
 que me diga donde para,
 siendo en mi casa el espejo
 en quien todos se miraban.
 Oyendo esto don Francisco,
 sacó del pecho una carta,
 y á don Diego se la dió,
 que la recibe y le abraza,
 y mirando el sobre escrito,
 de puro gozo lloraba,
 porque conoció la letra
 de su querida Rosaura.
 pero dentro iba el pesar,
 que es cosa muy ordinaria,
 que no hay placer sin disgusto
 en aquesta vida humana.
 Abrídale y hallando dentro

los alevés que le agravian,
 al señor corregidor
 cuenta del caso le daba.
 Al instante los prendieron,
 y sustanciada la causa,
 el Juez con recta justicia,
 á muerte los condenaba.
 Los meten en la capilla,
 y llorando al cielo clamaban,
 pidiendo misericordia
 á la Virgen Soberana.
 Los sacaron de la cárcel
 por las calles ordinarias,
 diciendo esta es la Justicia
 que nuestro monarca manda,
 se ejecute en estos hombres,
 pues hicieron tal infamia.
 Llegaron hasta el suplicio,
 con ánimo y vigilancia;
 subiéronlos á lo alto,
 ellos con mortales áncias,
 antes de acabarse el Credo,
 á Dios entregan sus almas,
 y despues en los caminos
 ponen sus cabezas ambas,
 para ejemplo de atrevidos,
 y escarmiento al que mal anda.
 Luego el noble don Francisco
 se volvió á su amada patria,
 y Rosaura en un convento
 con ejemplar vida pasa.
 Aquí dió fin esta historia
 de la infelice Rosaura.

FIN.

CARMONA:--1886.

Imprenta de LA AURORA, Plaza de San Fernando número 15.